

VERSOS DE UN LOCO

Mi criado me presentó una tarjeta que decía:

TEOPOMPO FILOTEO DE BELEM

y debajo, en letras más pequeñas:

POETA ESOTÉRICO ULTRATELÚRICO

y más abajo, en letras más pequeñas todavía:

Ecce-Homo, 13, guardilla.

—Que pase, que pase—grité—ese Ecce-Homo de Belem ultratelúrico.

Y á los pocos minutos se presentó un hombre que ni pintado para representar el *presidente* graciosísimo de *Su Excelencia*, de Vital Aza.

Tenía un aire de familia con todos esos *trovadores errantes* que andan por ahí cantando la Marselesa y enseñando los codos. Era la imagen del romanticismo, como le vestiría su enemigo el clasicismo, de buena gana. Usaba melena, la noble, la irremplazable melena, con símplica audacia. Por toga pretexto llevaba el conocido gabán de verano,

largo, gris, raído, como tenía que ser. Por caridad y buen gusto no quise mirarle las botas.

Supongo que traería pantalones, pero no conservo conciencia de su color ni corte.

De todas maneras, á las pocas palabras, aquel hombre pálido (no faltaba más) me había hecho olvidarme de todo lo material, de todo lo sensible. Había sonreído, había hecho reverencias, se había santiguado dos veces de prisa, había pasado la mano por el lomo, con cariño, á un gato de porcelana que tengo junto á mi mesa de escribir y me había hablado, sin dejarme meter baza, de Budha, de Lao-Tseu, del etíope que Renán nos describe, creo que en *San Pablo*, y que va meditando el Evangelio á su manera; de Verlaine, de Caran d'Ache, de San Agustín, del gallo de Sócrates y del gallo de San Pedro...

Cuando yo iba á decirle que me mareaba, ya no estaba allí el buen hombre; pero quedaba su espíritu en forma de cuaderno verde, de unas cien hojas, doradas por el canto. Abrí y leí en la primera página: *Estambres* y *Pistilos*. La letra era clara, las tes muy grandes. Dí vuelta á la hoja y leí:

DEDICATORIA

Aunque usted no lo crea,
señor obispo,
aunque parezco hereje
me quiere Cristo.

Otra hoja, y leo:

PISTILOS

Soy la ameba redonda, la femenina,
la de fe y esperanzas y gelatina.

En una nota dice: Advierto al lector idiota é indocto que no debe reirse de lo que no entienda.

Otra hoja:

ESTAMBRES

Aunque sé que estoy loco rematado,
porque tal como fué todo lo cuento,
hasta el mismo doctor me halla curado
las veces que no digo lo que siento.

PISTILOS

Cuando tengo en un sueño una esperanza,
se la agradezco á Dios sin hipoteca;
que es el poeta la gallina clueca
que no quiere empollar á Sancho Panza.

Otra hoja:

ESTAMBRES

Hay siempre una impostura en hablar claro;
no se puede ser claro sin mentira...
ve oscuro y algo raro;
divaga, ama y delira...

PISTILOS

Por santa castidad, el pensamiento
no debe bautizar sus invenciones:
son bastardas, después del nacimiento,
llevando un apellido, las nociones.

Otra hoja:

ESTAMBRES

Era en lo oscuro: sobre mi pecho
sentí una mano;
en las tristezas del pobre lecho
me visitaba Dios Soberano.

—
Era la mano de luz; caricia
de lo Infinito, callado premio,
misterio—madre.—
Lloro en espíritu por la delicia
que al miserable dulce bohemio
le otorga el Padre.

—
Y desde entonces, siempre en lo oscuro,
siento la mano sobre mi pecho;
mas su contacto va siendo duro,
peso terrible me hunde en el lecho.

—
Pero la mano, que ya es de plomo,
entre dolores, sin saber cómo,
siempre acaricia. La pasión fuerte
que tanto oprime, siempre es delicia,

Ya en torno mío nombran la muerte
los cuchicheos de la estulticia...
mientras *me arranca* del cuerpo inerte
mano con alas de la *Justicia!*

Otra hoja:

PISTILOS

Me paso toda la noche
contando miles de estrellas,
y si está el cielo nublado
me pongo á *cantar* la cuenta.

Así hace el hombre en la vida,
si ama á Dios y en Dios espera;
goza la dicha que pasa...
y pasada... *cantando* la recuerda.

ESTAMBRES

Ha de ser en el cielo una sorpresa
de los santos sin fin inocentones,
ver llegar á montones
una y otra remesa
de ateos, *sin* saberlo, santurrones.

PISTILOS

Cuando en el fondo del abismo frío
deja de ver á Dios el pensamiento,
al ir á maldecirme por impío,
la caridad, en un escalofrío,
con el perdón, me vuelve el sentimiento
de que un ángel sonríe al lado mío.

CAMPOAMOR

PISTILO

Escribe versos en la ceniza;
saca del polvo, de los gusanos,
y de la nada, que se desliza,
viento sin aire, por bosques vanos
de tallos huecos, veta cañiza,
saca la idea de sus cantares;
médula amarga de tristes huesos;
sin corazones, suspiros; besos
sin labios; saca los cañizares
del esqueleto; la catadura
de desnudeces de sepultura;
saca del fondo de noble rima
sarcasmos místicos que causan grima...
Pasión perenne firma en la arena
cuando á las dunas va la mar llena,
y con los rayos tenues de luna
rubrica pactos de la fortuna;
ve del cerebro las telarañas
y le enternecen las musarañas
que ve la lógica de lo Infinito
en palimpsestos de lo no escrito...

NÚÑEZ DE ARCE

ESTAMBRE

Como Dios sacó el mundo de la nada,
de allí saca también la poesía...
Escribe con perfecta simetría;
y así, tiene por plectro... la *plomada*.
Todo á la ley de *gravedad* lo fia.

Cansado de leer disparates, incoherencias, tal vez congruentes en el fondo de un cerebro enfermo, arrojé el cuaderno con tedio... y no volví á pensar en el poeta loco... hasta que en persona se me presentó al día siguiente:

—Vengo á recoger mis *Pistilos*.. —me dijo, sonriendo con lástima.

—Ahí los tiene; verá usted que no se los he separado de los *estambres*.

Don Teopompo recogió el cuaderno, le dió un beso, hizo sobre él la señal de la cruz, y se lo metió debajo del brazo.

Y sin más, sin hablar palabra, *sin preguntarme nada*, hizo una reverencia y dió media vuelta.

No pude contenerme. El orgullo de aquel *imbécil* me sublevó; irritó mi amor propio.

—Pero hombre—exclamé—¿no venía usted á conocer mi opinión? ¿A que le dijera?...

—¡Oh! Nada de eso. Enseño mis versos á todos los literatos vulgares que quieren recibirme. Es una oferta. Me he impuesto esa penitencia y la voy cumpliendo por el mundo adelante. Unos se burlan de mí, otros hasta me insultan; otros, los más tolerantes' callan... y yo sigo. Hay que matar el *hombre viejo*, el de la vanidad, el del *buen éxito*, el del aplauso, el que quiere ser admirado sin ser comprendido.

—Pero aunque no sea por vanidad, sino por amor á sus ideas, usted querrá hacer propaganda, fundar escuela...

—¡Ah, señor! La escuela está fundada. Es la escuela del flato. Esta poesía, con la debilidad cerebral que revela, es hija del hambre...

—De modo que usted... por dinero... ¡por mucho dinero! ¿Tal vez renunciara á la escuela, á esa poesía?...

—¡Oh, tanto dinero podía ser!

—¿A qué llama usted mucho?

—Eso depende del momento... histórico.

—En el actual momento...

—Bastante dinero son cinco duros.

—
La herida fué leve; libré al arte de una escuela contagiosa, y aún hoy, por mi conciencia de crítico, ostento con orgullo la cicatriz de las 25 pesetas.

NUEVO CONTRATO

FAUST (*erwachend*).—¿Bin ich dem abermals betrogen?...

(GOETHE, —*Fausto*.)

FAUSTO

Despertando.

¿Qué es esto? ¿Engañado otra vez? ¿Ha sido todo un sueño? ¿No he visto yo al diablo? Y todo lo demás... ¡Válgame Dios qué cosas he soñado!... ¿Y Margarita, mi Gretchen?... ¿Sueño también? ¿Fué verdad lo que soñaba,

«porque todo se acabó
y esto sólo no se acaba?»

¿Amé? ¿Amo á Gretchen? ¡Ay... no!... Amo el amor. Amo la sombra de la noche. Todo sueño... Luego no he vendido el alma al diablo... Luego soy libre... ¡Oh!... qué... ¿felicidad? ¡No! Estoy como estaba. ¿Por qué no me alegro? Soy libre. Sí; mas ¿para qué? Vuelta á empezar... Ah, Filosofía, Jurisprudencia y Medicina, y, ¡por mi desgracia!, Teología. Todo lo he profundizado... etc., etc., etc. En fin,

lo que ustedes saben por Goethe, ó, á lo menos, por la ópera de Gounod... Estamos frescos. ¡Otra vez en el mundo! ¡Y cómo está el mundo! ¡Qué de filosofías nuevas ó renovadas; es decir, las nubes de antaño, que vuelven con nueva electricidad!... ¡Oh, angustia del pensar!... ¡Náuseas de silogismo, introspección, neurastenia!... Felices los necios pseudofilósofos, que aseguran que no se puede saber nada del fondo de las cosas... y se llaman sabios; ellos, á lo menos, descansan sobre sus fórmulas y nomenclaturas; sobre sus hipótesis y relativismos como sobre almohada de lana de los carneros de Panurgo... Ya saben lo que sabía el diablo, aquel Mefistófeles con quien yo soñé, que decía...

MEFISTÓFELES

Hablando desde un fonógrafo que hay sobre la mesa.

No poseo la omnisciencia, pero sé muchas cosas.

FAUSTO

Incorporándose asustado.

¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Otra vez!... Alucinación... Sueño repetido... Idea fija...

MEFISTÓFELES

En el fonógrafo.

No sabes si sueñas ó no; no puedes distinguir la realidad del ensueño... Á eso ha llegado la ciencia humana, á no saber si duerme ó está en vela... ¡Ja, ja, ja!

FAUSTO

Esa carcajada... Yo la he oído otras veces... Sí... ¿Dónde?...

MEFISTÓFELES

En la ópera, en la serenata de Mefistófeles... Á ver, acaba. ¿Es verdad que estoy yo aquí, ó no?

FAUSTO

No sé... No sé...

MEFISTÓFELES

Pregunta á Kant...

FAUSTO

No sabe...

MEFISTÓFELES

Pregunta á Spencer...

FAUSTO

¡Pschel... Ese sabe demasiado. Dice que está seguro de que una realidad está ante él...

MEFISTÓFELES

¿Y no es ésa la última moda?

FAUSTO

Mira, estos metafísicos novísimos

Señalando una revista.

le prueban á Spencer que de lo que está seguro es de que ve la realidad como cosa segura... pero de que lo sea, no.

MEFISTÓFELES

De modo, que no podemos entendernos; ¿no puedes responder de que yo te hablo en efecto?

FAUSTO

No sé si puedo ó no puedo responder.

MEFISTÓFELES

Ni eso. ¡Oh, ciencia humana!

FAUSTO

No hay otra, y á lo menos es leal.

MEFISTÓFELES

Oye, deja los metafísicos; toma esa otra revista, lee ese artículo científico, no filosófico; su autor sabe las cosas como el diablo, relativamente. Mira lo que dice: que "la vigilia se distingue del sueño en que durante el sueño no tenemos conciencia, soslayada del resto del universo, y en la vigilia acompaña á la conciencia del objeto particular de la atención la de sus relaciones con los demás"... Reflexiona... ¿Qué ves?

FAUSTO

¡Oh, sí! Me acompaña la conciencia de los demás

en relación discreta, no continua; veo en mí fenómenos de conciencia concomitantes... Pero la prueba no me parece segura.

MEFISTÓFELES

Otra cosa. ¿Quién soy yo?

FAUSTO

El diablo.

MEFISTÓFELES

¿Crees en el diablo?

FAUSTO

No.

MEFISTÓFELES

Pues cree... *quia absurdum*.

FAUSTO

Supongamos que está ahí...

MEFISTÓFELES

Esa es la fija. Todo para ahí. Querer es reconocer; ya lo dicen nuestros filósofos de ahora...

FAUSTO

Pero como pueden equivocarse...

MEFISTÓFELES

¿Vuelta á empezar? No le des vueltas; cree, mientras nos entendemos. Primero es vivir, después, filosofar. Vengo á un negocio; cuestión de derecho; un contrato; y estas cosas serias necesitan una metafísica positiva; sin *fas* no hay *jus*. Aunque me esté mal el decirlo, sin Dios no hay justicia. Ten fe hasta que firmes.

FAUSTO

¿De qué se trata, de venderte el alma? ¡Pero entonces esto es una idea fija! Deliro...

MEFISTÓFELES

No, no te asustes. Ahora no es eso. ¡Infeliz, qué más quisieras tú que poder vender el alma! Señal de que creías en ella. Pero como eres honrado... por herencia, por evolución ¿á que no te atreves á vender lo que no sabes si tienes ó no tienes?

FAUSTO

¿Qué quieres entonces?

MEFISTÓFELES

Otra cosa, Fausto ¿qué preferirías, saber ó gozar?

FAUSTO

Saber. Ahora saber. Verdad ó sueño, lo que nos pasó la otra vez me tiene escarmentado. Estoy convencido de ello; en el fondo de lo que soy, que no

sé lo que es, sé que hay orgullo. Mi orgullo rechaza el gozar empírico, la vida de fenómeno en fenómeno, carrera eterna; sensación sin fin, á través de lo inagotable... ¡Infierno de cansancio y de hastío y de humillación! ¡Lo infinito paso á paso! Oh, no; tanto vale lo mucho como lo poco: sólo vale el todo. Quiero lo absoluto. Lo absoluto ó nada. No quiero sentir, sin saber por qué, ni para qué. Quiero ver si el gozar es una puerilidad indigna de mí. La verdad me dirá lo que me conviene. Antes de tener la absoluta verdad no puedo racionalmente saber lo que es preferible. Luego es preferible, para escoger la verdad. ¿Por qué te ríes, Mefistófeles?

MEFISTÓFELES

Lo sabrás cuando sepas la verdad absoluta. He aquí el contrato: aunque la psicología moderna no admite esos símbolos clásicos é inocentes que ponen el sentimiento en el corazón y la inteligencia en el cerebro, tú y yo, como hacen los juristas, usaremos un lenguaje metafórico y atrasado.

FAUSTO

Explícate.

MEFISTÓFELES

Por arte del diablo, mía, tendrás en la cabeza la ciencia y en el corazón el sentir; si prefieres gozar, amar, tu cerebro irá perdiendo vigor, y pasará toda la vida al corazón... Si prefieres, como dices, ante todo, saber la verdad, la absoluta verdad en tu ce-

rebros irá entrando la clarividencia, la conciencia te dirá el último íntimo secreto de la realidad..., pero el corazón, que irá dando jugo al cerebro para que vea claro, se te irá secando; se pondrá como una piedra. Al fin, no sentirás, no amarás. Escoge.

FAUSTO

Ya lo he dicho.

MEFISTÓFELES

Pues dicho... y hecho. Comienza el encanto. Perdona si el aparato de la brujería es el de siempre: decoraciones gastadas de comedia de magia muy repetida. El infierno es viejo, antiguo régimen; seguimos empleando el aceite hirviendo, sapos y cuculebras, murciélagos, ratas, vestiglos... Por eso las pesadillas siguen siendo como en la Edad Media. Ya no me oye... medita... sueña... ¡Demonte, qué olvido! No le he obligado á firmar antes... ¿Firmará después?... ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una equivocación! ¿Pues no he creído que era yo el Mefistófeles de la Opera?

Firmar ¿para qué? El contrato lo perfeccionará la fuerza de las cosas... Con hacer lo que quiso, ya ha hecho lo que en vano querrá después deshacer...

FAUSTO

Volviendo en sí.

¡Oh luz! ¡Oh luz! Todo claro... Todo evidente... ¡Qué de mundos da la ideal! ¡Qué procesión, qué sacra teoría de sistemas... los sistemas filosóficos

de miles de millones de sistemas solares... Y todo sin fatiga, sin hastío; todo preparado por todo... ni un pensamiento inútil. ¡Santa Armonía! Y por fin... la verdad, el principio, la regla absoluta... ¡Ya lo sé todo! Y en el todo ¡qué sencillez! ¡Sacrosanta cениdad sencilla, humilde. ¿Cuál será el secreto del universo? ¿Una novedad? ¡No! Hasta los cursis lo habían dicho. Mefistófeles, ¿no lo sabes? No; tú, por alambicado y retorcido y relativista no lo sabrás. El secreto de la realidad, el fondo del ser, el primer móvil es el amor. Amar, sentir, eso es todo. La ciencia absoluta nos dice eso nada más: sentido, amado... Á ver, el corazón, Mefistófeles, ¡venga el corazón! ¡Me lo has robado, venga; no ha habido pacto; yo no he firmado nada! ¡Mi corazón!...

MEFISTÓFELES

Ahí lo tienes, entre pecho y espalda.

FAUSTO

¡Ah, sí, aquí está! ¡Una piedral

MEFISTÓFELES

¿Qué importa? Ya lo sabes todo; hasta sabes por qué antes yo me reía.

FEMINISMO

Jesús Murias de Paredes era natural del pueblo de su apellido; pero aquel horizonte era estrecho para él, según dijo en una elegía, sin tener en cuenta que el horizonte de Murias, á pesar de lo de Paredes, es bastante ancho. Quería él decir que en Murias no se podía ser vate sin ponerse en ridículo y despertar sospechas de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares. El cura le tenía por hereje, el alcalde por vago, y el cabo de la Guardia civil por *avanzado*. No le querían bien. Además, en su pueblo natal se moría de hambre. No tenía oficio ni beneficio; no tenía más que lira, y ésa rota; por lo menos, así lo rezaban mil y mil pasejes de las poesías inéditas de Murias.

Azares de la suerte, que no es del caso recordar, le llevaron á Valladolid. Allí el horizonte era más ancho, pero el hambre la misma. En un periódico, cuya principal misión era llevar la cuenta del mercado de cereales, le admitieron los versos, que se publicaban entre cebada y centeno, como quien dice. Vamos, que la sección que había de quedar en barbecho, porque el periódico se escribía *á tres hojas*, se la dejaban á él. Lo que no hacían era pagarle. No faltaba más.

Lo que sí consiguió, que un impresor de la calle de Cantarranas (parecía alusión) le publicara algunas de aquellas poesías en una colección que parecía el *Fleury*, por fuera. Mal papel, y cubierta de cartulina áspera, amarilla, como la del *Astete*. El libro se llamaba *Ecos del Pisuerga*.

Pues como si hubiera tirado al Pisuerga los ecos.

Nadie se enteró. Él no se dió por vencido, y cogió otra porción de inspiraciones y las imprimió en otro libro de doctrina con este título: *Ecos de la Esgueva*. Dirán ustedes: ¿eso es inverosímil? Si él no pagaba la impresión, porque no tenía con qué, ¿cómo iba á encontrar impresor que le pagara la segunda salida? En Valladolid hay gente así. Como Zorrilla era de la provincia, en cuanto ven por allí un poeta, sea ó no de la tierra, se dicen algunos: ¡otra te pego! ¡Otro don José! Y le protegen. El de Cantarranas veía en la figura de Murias y hasta en su dulce nombre—el dulce nombre de Jesús—una garantía de éxito, según la frase favorita del impresor. Jesús tenía aspecto de tísico, el valor de su melena, desaliñada y de un castaño sucio (sucios tenía todos los colores de su cuerpo y traje); usaba barba corrida... de la vergüenza de sus pocos pelos; pocos y mal avenidos. En fin, así eran los poetas, ó no debían ser, según el librero impresor, y estaba seguro de que el chico le había de hacer ganar dinero, en cuanto le diera la mano algún crítico de Madrid, uno de aquellos sacerdotes á quienes don Nicomedes Niceno—el impresor editor—tenía por más Merlincs cuantos más palos pegaban.

Decirle á Niceno que tal crítico "no se casaba con

nadie", era nombrarle un fetiche á quien él adoraría en adelante. Decidió mandar á Madrid—que tiene la exclusiva de los sacerdotes críticos—á su protegido; no para que los críticos se casaran con él, sino para que no le repudiaran antes de conocerle. Empezaba entonces á llamar algo la atención un abogadillo sin pleitos, chiquitín, bilioso, míope, que escribía de crítica y de cuanto Dios crió en prosa y en verso, en un papel satírico. ¡La sátira! la sátira le atraía como el abismo al impresor de Cantarranas; él, que era un hombre optimista, no se sentía capaz de tener hígados satíricos en su vida; pero, aun con cierto horror nativo al género, se sentía seducido, como en un vértigo de humorismo, por los escritores que empleaban la ironía, aunque fuera la de menos grados; y si llegaban al sarcasmo, como Aquiles ante el cadáver de Héctor, don Nicomedes gozaba de una voluptuosidad que él confesaba ser diabólica. Á pesar de que era incapaz de querer mal á nadie, y de que á él todos los versos y toda prosa que tuviese la ortografía académica le parecían bien, en cuanto veía maltratado á un literato por un crítico satírico, declaraba fuera de la ley al imbécil intruso, y sin compasión alguna le veía en las garras del ogro sardónico, sarcástico y cáustico, ó estanquero, como diría *El vecino de enfrente*, de Blasco.

No vaciló don Nicomedes. Pagó el viaje á Jesús Murias, que tenía un catarro crónico que no le dejaba respirar, cuanto más inspirarse; le regaló unos cuartos para la posada; le cargó las alforjas de ejemplares de los *Ecos de ambos ríos*, y le dió una

carta de recomendación para el Sr. Sencillo, que así se llamaba el crítico corrosivo. ¿Que de quién era la carta? De Niceno en persona. Decía así: Ilustre Aristarco: no le conozco á usted. No lo necesito. No pido favor. Pido justicia... Y por ahí adelante, todo en estilo cortado, manía que había cogido Niceno, como una peste, corrigiendo pruebas de una obra de Henao y Muñoz.

*
**

Jesús se presentó á Herodes, es decir, Murias se presentó á Sencillo en la redacción de *El Erizo*. Saludó al Minos que tenía delante con uno de aquellos saludos que Fígaro llamaba, en casos semejantes, sordos; y precisamente saludó pensando en Fígaro y en aquel adjetivo, y procurando evitar toda *gaucherie* (como él se dijo para sus adentros, porque usaba los galicismos voluntarios hasta en sueños). Ya se verá después que la especialidad de Murias era el francés... y sus consecuencias.

Sencillo contestó al saludo de Murias sin mirarle, y siguió escribiendo en la mesa que tenía para él solo. Por de pronto, no abrió la carta.

Murias no se ofendió. Él pensaba hacer lo mismo cuando fuese célebre: pensaba darse tono no viendo siquiera los principiantes que se le pusiesen delante.

Pasaron cinco minutos y tosió Murias, sin querer.

Levantó los ojos Sencillo y dijo:—Soy con usted. No puedo interrumpir ahora esto...

Vamos, pensó Jesús, tiene á algún poeta en el asador y temerá que se le quemé,

El director del periódico, que observaba la escena desde su despacho, pues estaba la puerta abierta, se levantó, no sin vencer la prosa y se acercó á la mesa de Sencillo. Conocía al crítico, sabía cómo las gastaba y le quitaba todas las puas que podía. Allí *El Erizo* era Sencillo; el director, D. Autónomo Eufemio de Pérezbueno, era lo menos áspero que cabía. Era una mantequilla de Soria de mucho bulto y muy ilustrado. Usaba bata de las talaes y babuchas de Tánger. Flemático, hombre de mucho mundo... corrido con buena correa, no creía en los malos escritores, á fuerza de creerlos inofensivos. No digo que no los haya, decía, sino que es lo mismo que si no los hubiera.

Abreviando: Murias salió de allí con muchas ilusiones, gracias á las buenas palabras de Pérezbueno. Á Sencillo apenas le oyó el metal de su voz, pero don Autónomo le había dado palabra de que Sencillo—*Bisturí* en el claustro... crítico—hablaría de los *Ecos* de todos los ríos y canales de Castilla y Aragón que se pusieran por delante.

Pasaron años; por lo menos así le parecieron á Murias, aunque no eran más que días, y Sencillo nada dijo ni de *Ecos* ni de resonancias. Murias se atrevió á ponerse otra vez delante de la mesa. No estaba el director. Tosió Jesús, sin querer, de puro tísico; le miró Bisturí, le reparó bien y le mandó sentarse. Asado el poeta del día, Bisturí se volvió á Jesús y le pregunto, sin echar veneno, qué se le ofrecía... Murias, balbuciente, aludió á los *Ecos* que estaban en el cajón de la derecha... si no recordaba mal. Buscó Bisturí y echó de menos... un

cartucho de dulces que había metido allí. Bronca entre la crítica y la portería. El portero culpaba á un redactor.

Quel giorno piu non...

No se habló más de los *Ecos* aquel día. Al siguiente, sí. Estaba el director. Pareció el libro... debajo de un pie de la mesa. Estaba haciendo de *forro*. Ni por el *forro* lo había mirada Bisturí.

Murias empezó á observar al crítico mas en silencio. Pero cada vez más humilde. Bisturí acabó por fijarse en aquel tipo que venía semanas y semanas á pedir que lo pusieran en parrillas si lo merecía, pero que se hablara de él, y que lo pedía poniendo el rostro á todos los desaires.

Todavía no había dicho nada del libro Sencillo, cuando ya era casi como de la casa, á fuerza de trato y familiaridad, Jesús Murias.

Casi convencido de que no tendrían eco los *Ecos*, empezó á alimentar otra esperanza... pensando en que necesitaba alimentarse él. Se habían acabado los cuartos de Niceno. Jesús aspiraba á ser *meritorio* en *El Erizo*. Pérezbueno á los colaboradores regalados no les miraba el diente. Pero no había plaza. No había donde poner un alfiler ni un galicismo en el periódico.

Cierto redactor *maleante* - que era el que se comía los caramelos del *sacerdote* con púas - propuso, con la mayor seriedad, que Murias entrase á formar parte de la colaboración de *El Erizo* en la sección... de fajas.

"Podía escribirlas; no pegarlas, por supuesto."

Murias no le tiró un tintero ni nada al redactor maleante.

No aceptó el empleo. Pero sí otro que le ofreció el director. Fué de cronista á la tribuna del Senado. —¿Quiere usted que sea cáustico? Sea usted el pimiento del baturro zaragozano...

Al día siguiente aquel poeta llamaba animal al respetable presidente de la Cámara alta; dudaba, con ironía, de la honradez de tres generales victoriosos y dirigía alusiones pornográficas á lo más agusto. Presidio seguro para toda la redacción si se publicaba aquello.

El Erizo siguió sin clavarse en la ley de imprenta como hasta entonces. Y las crónicas del Senado firmadas por Arquiloco salían todos los días.

"Mis *yambos* en prosa", llamaba él á las crónicas, hablando con sus amigos en Fornos.

—Pero, hombre, le preguntó uno á Pérezbueno, ¿cómo se las echa de Arquiloco el pobre Jesús, si sus crónicas del Senado son anodinas, inocentes?...

— ¡Oh! — exclamó D. Autónomo — ¡Que han de ser anonimas! ¡Si ustedes las vieran! Cantáridas, injurias, calumnias, *yambos* á toca teja... Lo que hay es que al corregirle las pruebas yo le quito las *ocurrencias* (Histórico). No queda más que lo que él copia del extracto de una agencia. Pero él ser, es una ventosa.

Y el pobre Murias aguantaba esto y aguantaba el hambre, porque sueldo ¡Dios lo diera!

Cuando ya Jesús era lo que se llama redactor de *El Erizo*, aunque á prueba... de pruebas, y sin pro-

bar bocado, *por fin* Bisturí se dignó hablar de los *Ecos de Entrambasaguas*.

Y decía Bisturí en *El Erizo*: "Ahora se verá si soy ó no imparcial de veras. El autor es un amigo, un compañero... pues bien, por lo mismo se le debe la verdad entera..." Y la verdad era digna de los yangüeses que apalearon á D. Quijote.—Murias se quedó en la cama unos días, porque se sentía molido materialmente. No se reconocía hueso sano.

No volvió por *El Erizo*, y, en la cama, recibió una carta del Mecenas de Cantarranas, don Nicomedes, que le decía entre otras cosas: "Nos hemos equivocado. No es usted lírico. Bisturí ha puesto el filo en la llaga. Acaso sea usted épico. Pero por si acaso, probemos otra cosa. Cuente usted conmigo. ¿Quiere usted traducir un diccionario de teología, en veinticinco tomos? Se trata de la lengua de Fenelón. Cinco duros por tomo."

—Bueno, seré *épico* —se dijo Jesús resignado.
—Traduciré los veinticinco tomos. Y esta es la primera estación. Las que faltan se recorrerán en el segundo y último capítulo de esta historia, *arrancada á la realidad*.

MANÍN DE PEPA JOSÉ

Manín de Pepa José, si hubiera nacido señorito y hubiera estudiado y escrito en los periódicos, hubiera sido un *esteta*. Pero en Llantonés, parroquia rural cerca de Gijón, Manín no era más que un *folganzán*, que no valía la *borona* que comía... cuando la comía.

Su madre, Pepa José, es decir, una Josefa, mujer de un José, quedó viuda ya en edad madura, y aunque la *easería* que llevaba en arrendamiento, en la escritura del contrato parecía cosa de Manín, heredero de José, quien mandaba en todo era la madre; sólo con ella se contaba. Enjuta, alta, de mucho hueso, mirada fiera, actividad febril, gestos hombrunos, era un águila para el trabajo, para el cuidado de la hacienda, y sus criados y jornaleros andaban en un pie. Sólo Manín, el hijo único, gozaba el privilegio de la benevolencia de aquella mujer que no daba un bocado de pan sin que se lo pagara algún servicio. Pero Manín era otra cosa; por él y para él trabajaba ella tanto. No era fuerte, no mostraba aptitud para las faenas del campo, y la madre había soñado con hacerle sacerdote. Pero él, muy contento con trabajar poco y cuando quería, no entraba por lo de cantar misa. El trabajo le repugna-